

## Arma de supervivencia

**Libros** Por Miguel Sánchez-Ostiz.

Viajemos a una aldea de la isla de Bougainville, asolada durante la guerra civil que desde 1989 a 2004 se desató allí por causa de una empresa minera de extracción abusiva de cobre y metales preciosos, en un clima de barbarie extrema, y escuchemos unas voces nativas que nos cuentan la vida imaginada de Pip y de paso las suyas propias. Una guerra perdida en la que murieron más de veinte mil personas y que produjo un éxodo masivo de refugiados y desplazados (entre ellos, Matilda, la narradora de la novela) a otras islas de la Polinesia, además de desabastecimiento y corte de servicios sanitarios y de educación (supuesto este último que aprovecha el autor para hacer arrancar su novela).

Es en ese escenario remoto donde Lloyd Jones coloca su fábula literaria *El señor Pip*, urdida alrededor de *Grandes esperanzas*, de Charles Dickens. Una fábula poderosa, emotiva, sobre el poder de la literatura para introducirse en otras vidas y vivir en ellas, para asomarse a otros mundos y ensanchar el propio de manera casi ilimitada, hasta dar con la propia voz irrenunciable y la no siempre inocua confusión entre realidad y fantasía, cuando ésta ciega aquélla, tal vez por exceso de iluminación. Y en el caso de *El señor Pip*, gracias a la obra de Dickens, a sus personajes y pasiones, a lo que el autor de *Grandes esperanzas* supo «acerca del alma humana y de su sufrimiento y vanidad». Pocas cosas tan raras y de resultados tan imprevisibles como ver -con los ojos cerrados de la imaginación avivada por la lectura, como pide Lloyd a través de sus personajes- a unas bestias uniformadas entregarse a la búsqueda criminal de un personaje literario, dándolo como alguien vivo; un rebelde subversivo, por añadidura.

De lo que se trata es de vivir otras vidas y -gracias precisamente a la lectura, a la relectura de una obra literaria en cuyo interior se vive- salvar la propia cuando ésta transcurre en condiciones de precariedad extrema, aunque el hacerlo pueda costarte el pellejo, y todo merced a uno de esos personajes, el señor Watts, que solo Dickens parece que pudo poner en

escena; un improvisado maestro de escuela que poco sabía y que había dado sentido a su vida huyendo del silencio como lengua materna, y a quien la narradora, en aquel lejano medio hostil, nunca vio «con machete: su arma para sobrevivir era el relato».